



LA BUSCONA DESABRIDA

Jean Garciant

LA BUSCONA DESABRIDA



Primera edición: diciembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jean Garciant

ISBN: 978-84-10082-34-2

ISBN digital: 978-84-10082-35-9

Depósito legal: M-34117-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Tamara, porque sabe mejor que nadie
lo que encierra esta sátira.
Pero también para Françoise,
por haberme alentado a plasmar,
sobre papel, los desbordamientos
e iniquidades del ser humano,
en su tragedia cotidiana.*

DON DEMETRIO

En los años sesenta, en uno de los barrios más excéntricos de Oviedo, podían verse, en incesante vaivén, agentes inmobiliarios que no descansaban jamás hasta que, ya totalmente extenuadas, sus futuras víctimas se veían obligadas a firmar el documentito oficial que les condenaba definitivamente a largarse de sus casuchas o chabolas a cambio de algunas miserables pesetas que tan bien sonaban en los bolsillos pero que (¡de eso nadie dudaba!) no eran lo suficientemente sólidas como para rescatar al miserable de su triste condición de paria.

Todo esto ocurría durante la gran especulación inmobiliaria. Los predadores de bienes no cesaban de recorrer el recinto de la ciudad en busca de parcelas ocupadas por miserables chozas en las que se amontonaban y morían de hambre centenares de familias marginalizadas y casi siempre reducidas a la semiclandestinidad. Entre los depredadores más voraces destacaba el rechoncho don Demetrio, Demetrio Casado, que, desde que se había largado de su pueblo en pos de fortuna, no había pasado un día sin que se sintiera orgulloso por los incomparables progresos que había hecho.

Se le henchía el ego de autosatisfacción y no dudaba en que llegaría el momento en el que se sentaría al lado de la élite ovetense para ser adulado y respetado a su vez. Se sentía profundamente orgulloso del camino recorrido y, admirándose a sí mismo, sentía que sus pasos de gigante le llevarían a la cúspide social. Jamás dudó un segundo en que todo lo que había logrado era el fruto de su em-

peño y determinación. La vanagloria alcanzó alturas vertiginosas. No admitía que todo aquel que le dirigía la palabra se olvidara del famoso «don» antes de pronunciar su nombre. Con el «don» todo se le antojaba más llamativo y opulento. Era semejante al sapo que quiso ser tan gordo como el buey.

Una mañana de mediados de mayo, tan excelsa persona se presentó ante la puerta de una de esas chozas que tanto codiciaba. Llamó repetidas veces hasta que, en la penumbra de la entrada, un señor bigotudo y andrajoso que no cesaba de regañar a su mujer y que escupía cada palabra con un resabio de tuberculosis, cual víbora, le acogió fríamente, paseando sus dedos mugrientos por la frondosa barba canosa que le comía la mitad del semblante. Parecía un nuevo Polifemo decidido a merendarse al intruso que se atrevía a venir a perturbarlo en su furia.

—¿En qué puedo servirle?

—¿No se acuerda?

—¡Pue...! A primera vista..., *azí...*, *azí...* ¡No!

—Pero..., ¡por Dios! Si hace unas cuatro semanas que he venido a verlos, a usted y a su señora, será posible, ¡don Demetrio Casado! —repitió, procurando contener la ira que amenazaba con salirle por los poros.

—¿Cómo?

—¡Casado! Don Demetrio Casado.

—¿Con *ezcopeta* o con arco?

—¿Cómo que con escopeta? ¿No le acabo de decir que soy el señor Casado?

—*Pué...*, ¿por *ezo mijmo* le pregunto *zjí* ha *sío uzté casao* con *ezcopeta* o por una gacha...?

Detrás del pordiosero se oyeron varias risitas llenas de sarcasmo que ofendieron al señor del don que fingió no haber comprendido el sarcasmo del inquilino.

—¡Oiga! ¡Un poco de respeto! —masculló este último, procurando guardar la calma para no perder definitivamente la confianza de la futura víctima—. ¡Que yo no le pierdo el respeto a nadie!

—Vaya por Dios y la *Virgensita* Macarena! ¡Ya *ze está* usted encabritando! ¡Bien *ze* ve que ha *zido uzte formatao* en el orbe *finansiero*! ¡De *zeguir azí*, por *zeguro* que le va a dar a *uzte* un *trayaso* en *er parpitante* que *ze* va a ir de paseo *ar má zayá*!

—¿En qué se funda usted para ser tan categórico? —inquirió, inquieto, el respetable prospector.

—¡En que a *uzte* no le *cauzan gracia na má* que la *sifra*! ¡A lo banquero y *finansiero* le *farta* un poquito de humor! *Quisá* porque solo son *felise* cuando la *sifra deffilan* por *zu* boca. ¡Lo número..., cuanto *má* arto, mejor...! ¿*Verdá*?

—¡Déjese de mamarrachadas y dígame si, con el respaldo de su señora, ha tenido tiempo de reflexionar a la excelente proposición que le hice, hará cosa de dos meses! Mi propuesta sería para su casa una balsa de salvamento...

—¡*Pué*, no, *zeñó*...! ¡No *hemo podío ponerno* de acuerdo ya que *eya* hubiera *querío* firmar de inmediato *mientra* que *zervidor* he *considerao* que *fartan má* de 300.000 *peseta* y un cuarto *má* en *er piço* que *noz* proponen! Para *ponerno d'acuerdo* debemos *zer* cuerdo, ¿*verdá*?

Demetrio luchaba interiormente para no dar paso a los disparates que el mostrenco le inspiraba. Supo que la batalla se anunciaba recia y que, bajo las apariencias de manso cordero, en el pellejo del andaluz Zaldúa, se escondía un lobo feroz en negocios.

—¡No se olvide que las ocasiones son perentorias y que, por mucho que se quieran alargar, son finitas y no se vuelven a presentar! ¡En caso de que se arrepienta de su indecisión, puede llamarme a este número —le dijo poniéndole en las sucias manos una tarjeta de visita— a cualquier hora del día! Espero que su mujer se muestre más razonable y logre convencerlo. Que las ocasiones son como las aguas desbordadas; una vez que rebosan la planicie se desvanecen en el seno del valle rumbo a la mar.

Luego, alargándole una mano empapada de sudor, en signo de despedida, se alejó en dirección a la casucha de Antón el peluquero, a doscientos metros de la del andaluz. En un rincón, detrás de la única silla de barbero que había en una suerte de salón-botica,

se hacinaba, carcomido por la polilla, el pelo de las innumerables testas que se habían confiado a la maquinilla y cuchilla de afeitar del peluquero más folclórico del barrio. Era la muestra inequívoca de su manejo de la maquinilla.

Resultaría difícil querer mirarse en el único espejo que hacía frente a la silla de trabajo ya que había sido hecho añicos por clientes que se presentaban a trasquilar ya ebrios ya hastiados de la vida. En efecto para no tener que soportar su propia jeta, le enviaban a la luna todo cuanto se hallaba al alcance de sus manos para que no les devolviera la repugnante imagen que querían olvidar.

Antón, entre barba y trasquile, se había afiliado al gremio de Baco. En la minúscula choza, los clientes debían compartir el espacio con un enjambre de críos que, desde que se levantaban hasta que se ponía el sol, no cesaban de reñir, pelearse o romper lo poco que aún quedaba ileso de aquella guarida. El experto en rapaduras y rape, bebía para olvidar la podredumbre en la que se consumía su mísera existencia de paria. Ni sabía exactamente cuántos hijos tenía, ni quería saberlo. La cuenta la llevaba la mujer.

En cuanto Antón le abrió la puerta, armándose de una sonrisa salpicada de sentida falsedad, Demetrio, como buen conocedor de la flaqueza humana, sacó del zurrón una botella de coñac y, seguro del impacto que la dádiva tendría en la conciencia del barbero-peluquero-trasquilador, se la ofreció teatralmente. ¡Resultaría inútil querer describir con qué complacencia recibió el néctar de los dioses el recio inquilino!

Antón llamó a su hija mayor, a la que dio la botella para no caer en la tentación de abrirla.

Al ver a la encantadora Esperanza, con sus 12 añitos recién cumplidos, y sus incipientes pezones, apuntando bajo la camisa entreabierta y acariciados por los largos cabellos de azabache, y sus mejillas sonrosadas que denunciaban rubor o, ¿por qué no?, los primeros ardores provocados por las hormonas, Demetrio se emocionó.

La vista de cualquier niña a las puertas de la adolescencia le redimía de su triste soledad. Se regodeaba con los albores de una

inminente metamorfosis femenina. Eran momentos de redención y de paz interior. Adoraba la inocencia de las encantadoras niñas cualesquiera que fueran sus orígenes.

Menospreciaba a las damas maduras porque —según pretendía— no veían en él más que ganancia y beneficios.

Las miraba con recelo y jamás les daba la mano para saludarlas. En realidad, más que nada era porque, por diversas razones le recordaban todas ellas a su madre. Una mujer que el trabajo y la miseria habían prematuramente desgastado. Le causaba dolor verla tan canosa y arrugada. Por eso, las que la vida había preservado ilesas le daban náuseas. Las emparentaba con el diablo. En ellas no había más que ardid para abrir bolsas y despilfarrar lo que sus esposos ganaban con el sudor de su frente.

Su corazón no ardía más que cuando se hallaba en presencia de una chicuela, que, instintivamente desvestía, buscando e imaginando sus primorosos encantos. Quería ser el primero en descubrirlos y, si posible, antes de que fueran legalmente revelados a su novio. Le repugnaba la escenificación del matrimonio porque solo era una pantomima en la que se celebraba el rito más abyecto de la humanidad: la consunción de la carne bendecida por los puritanos eclesiásticos. La normalidad era una afrenta. Y él no se dejaría gobernar por cualquier harpía.

Ya en el pueblo, con la desfachatez de los villanos que, a falta de recursos o de coraje, se relamían saboreando a distancia razonable, los dulces lamentos de alguna pastora a la que el señor arrebatava la inocencia de sus 13 o 14 años, el niño Demetrio espiaba a sus viejos padres cuando, por casualidad o por matar el tiempo, les daba por compartir momentos de intimidad. Entonces los oía cuchichear y gemir o suspirar de placer y eso lo sacaba de quicio. Ver a gente tan aplastada por los años entregarse a los juegos prohibidos por la iglesia con ese ardor y falta de recato, le repugnaba. Además, convencido de que su madre no podía ser esa fuente de placer a la que acudía su padre, para saciarse en ella y luego obligarla a poner un candado a su libido (¡como en tiem-

pos de los caballeros que se marchaban a la guerra seguros de que la dama que dejaban sola no les podía traicionar por haberle sólidamente acorazado el sexo!), se decía para sus adentros que nunca se dejaría maniatar por ese miembro viril que tanto daba que decir y que otro tanto dejaba que desear. Mejor centrar su libido en pugnas pasajeras, sin lastre ni mortaja. ¡Solo un respingo placentero sin porvenir ni añoranza!

Esperanza, la rapazuela que, pese a su corta edad, cuidaba de la familia, vislumbró, en los ojos globulosos y hambrientos del sapo que la devoraba, un rescoldo de veneno.

Le brindó una sonrisa maliciosa para decirle que, por mucho que disimulara, nadie podía ignorar lo que demandaba. Con una mueca de asco, le dijo todo el odio que le inspiraba.

Con la suficiencia de los seres que claman su innegable superioridad, Demetrio no dudó en acercarse a la adolescente para cogerla por el mentón, levantarle dulcemente la cara y obligarla a que clavara su tierna mirada en la asquerosa pantalla de su rostro.

—¡Feliz será quien tenga el primor de descubrir la flor de tus encantos! —le dijo, con voz almibarada, en presencia de su padre—. ¡Don Antón, cuando se le case esta reina de los cielos, espero que no se olvide de invitarme a la boda para que la felicite, a mi manera, con el mejor de los regalos!

Sabía que su nuevo estatuto de pudiente (era la empalagosa mirada con la que se contemplaba a sí mismo) le autorizaba a los desbordamientos más repugnantes e insultantes.

Tras el bromeo sobre la prenda que, con tanta habilidad, el peluquero guardaba en el zaguán de la botica, cual insuperable reclamo para conquistar a los clientes, don Demetrio prefirió abandonar partida y proseguir su periplo en pos de parcelas y casas a medio derruidas.

—En cuanto acabe mi trabajo, si usted me lo permite, ¡pasaré para que me diga si el coñac es digno de monarcas o si solo sirve para adobar carnes y encender paladares de ignorantes!

Se echó a la calle silbando cual rruiseñor afónico.

¡Daba gusto verlo ahora forcejear con las (ya casi vencidas) reticencias de cada una de sus siguientes víctimas! ¡Entonces sí que gozaba de lo lindo, oyendo la inagotable cascada de pegas que ponían los que juraban que no se dejarían gobernar por un maleante! ¡Cuánto se equivocaban! Eso era ignorar que, él, don Demetrio Casado, con su arte de persuasión y tenacidad, haría mudar de opinión al ser más reticente del universo. Todo era cuestión de tacto y de pulso.

Finalmente, acosadas por una avalancha de silogismos y otros tantos enredos lingüísticos, las voluntades más tenaces se rendían, una tras otra, aunque no siempre antes de imponer sus leyes. Leyes que consistían en añadir, a la cláusula de la oferta, nuevos matices de compensación que no siempre eran correspondidos en la realidad.

Gozaba el malicioso lidiador al tiempo que le sangraba el corazón porque, en el huerto de la ferretera Herminia, todo lo que veía le recordaba su triste pasado de paria.

Habiendo acabado con la resistencia de Antón, gracias a las zalamerías con las que no paró de aturdir a la encantadora heredera que devoraba con los ojos y desvestía en pensamiento, Demetrio había proseguido su camino hasta la parcela más codiciada del norte de Teatinos. Era la de Herminia, una suerte de hechicera borracha que se pasaba las horas, sentada al socaire, mirando y juzgando sin compasión a las mujeres del barrio que le parecían, tanto por el porte como por el arte de aparentar lo que no eran, emanaciones virtuales del templo de la lujuria o (como decía, a su vecina, a voz en grito) potras de burdeles. A todas les tildaba con alguna palabra relacionada con la lujuria.

Al descubrir las emocionantes escenas que le ofrecía aquella mujerona, tan ancha como alta, con sus tres mastines atados al peral que se alzaba en medio del enorme huerto del que jamás se había ocupado, y las dos cabras que iban y venían a sus anchas, entrando y saliendo, cual personas atareadas en los quehaceres de la casa, su pensamiento le transportaba a sus orígenes, allá, cerca de Cangas del Narcea.

De la nitidez del pasado, aún conmocionado por los golpes que el destino le había deparado, a él y a los suyos, emergía la configuración de un pueblo, de un centenar de vecinos, que le recordaba sus sufrimientos de niño. ¡Cerraba los ojos como para borrar tan tristes recuerdos de su infancia!

La pobreza que adivinaba a través de las mugrientas cortinas que, lejos de esconder lo que ocultaban, denunciaban lo que no querían que se viera, en la exigua casucha de Herminia, le aportaba horribles reminiscencias.

Durante los breves instantes que permaneció absorto ante la verja metálica de la entrada, su mente le transportó a la miseria endémica de su niñez.

El lastre del pasado, por mucho que bregara, jamás lograría quitárselo de encima.

Herminia tenía mucho que ver con su madre, aunque fuera solterona. Lo que las diferenciaba era que la vieja hechicera que le observaba, sentada en una silla desvencijada, con cara de pocos amigos, no había tenido que soportar el peso agobiador de un marido mucho más mayor que ella ni el de un par de hijos.

Sintió el flujo de una lágrima peregrina al recordar que, cuando nació, su mamá ya no estaba para pañales y menos para partos, porque a la pobre mujer, los años le habían devorado la lozanía y robustez, siendo su peor cruz su propio marido, totalmente devorado por los años.

Supo, con el correr del tiempo, que su venida al mundo había sido un fallo de la naturaleza; un error irreparable puesto que su mamá hacía años que había rebosado los cuarenta y que su papá, con sus casi sesenta, tenía más de abuelito que de padre. Pero... ¿quién puede luchar contra el instinto?

Afortunadamente, sabido es que la fuerza de los sentimientos puede levantar montañas cuando no siembra tempestades. Se sintió molesto, pero también agradecido. Sus padres habían hecho por él cuanto les había sido posible. Se lo agradecía y a ellos dedicaba, ahora, cada logro y éxito de su vida profesional.

Recordó que había medrado en uno de los entornos más inhospitalarios de Asturias.

Ante el solar que ahora codiciaba para llevar a cabo su ambiciosa empresa, recordaba el cuchitril en el que se había hartado de hambre y de castañas, y también de lágrimas.

Cuando la suerte, por fin, le sonrió, había tratado inútilmente de borrar de su memoria aquellos años.

¿Cómo olvidar que, a causa de la vejez de sus padres, en cuanto había comenzado a andar, se había visto obligado a invertir los papeles, sirviéndoles de báculo cuando aún no rebasaba los siete añitos? El servilismo al que le había condenado su mala estrella, le había privado del polen intelectual que se liba en la escuela, a la que solo contempló desde la calle.

Ahora, ante la desgredada Herminia, no pudo controlar su emoción. Sin poder contenerse, dejó estallar un hondo suspiro que sorprendió a la inquilina de la casa.

—¡No se asuste, señora! ¡No sé por qué, pero, viéndola a usted, tan lozana y fresca, me imaginé a mis genitores disfrutando de un piso, como el que le ofrezco a usted, en el que podrían gozar de las últimas comodidades! Pero ya se han ido para no volver. ¡Dios lo ha querido así, bendito sea! —dijo citando, sin saberlo, los últimos versos de «El ama» de Gabriel y Galán.

No había venido a casa de la ferretera para enternecerse ni menos para apiadarse de su suerte de holgazana. Su meta era de claridad meridiana: obligarla a firmar la cesación de la parcela mediante el escueto fajo de billetes que hacía relucir a sus ojos.

En caso de que estuviera de acuerdo con la proposición, alójala, en condiciones más dignas, en la nueva construcción que no tardaría de erguirse en medio de la huerta. Así tendría la impresión de haber pasado de una pesadilla a un sueño maravilloso y de haberse despertado en un castillo de cuento de hadas en el mismito lugar en el que se había consumido su existencia de holgazana.

Demetrio había sido instruido en el habilidoso arte de la prospección y venta a domicilio por don José María de Llano, uno de los

arquitectos más famosos de la región, cuyo taller de arquitectura se hallaba en la calle Fray Ceferino, y al que acudían los empresarios deseosos de construir la fábrica más acorde con sus ideas. ¿Cómo había podido don Demetrio alcanzar tan elevadas cumbres?

Todo había sido obra del azar.

Harto de sembrar, en el pedregal de sus padres, simientes que jamás germinaban, patatas que se comían los jabalíes, berzas que zampaban los animales domésticos del pueblo cuando pasaban a la vera del huerto, una mañana de hastío decidió seguir las sabias recomendaciones del señor cura párroco al que había pedido consejo en numerosas ocasiones.

Por ventura, el pastor de almas, seguramente convencido de que ya era hora de ayudarle, le dio las señas de uno de sus camaradas de clase para que postulara a un trabajo que, con una dosis de tenacidad y una pizca de cerebro, acabaría acarreándole beneficios y bienestar substanciales con los que podría sacar la cabeza del agua y, de paso, socorrer a sus malogrados genitores.

—¡Mira, Demetrio! —le había dicho, llevándose con él hacia la plaza de la iglesia—, con este papel, en el que he puesto por escrito los mejores informes sobre tu persona, no tienes más que tomar el autocar para Oviedo. Allí, con la dirección que aquí tienes, estoy seguro de que hallarás la solución a tus problemas. ¡Ya verás qué majo es y cuán humanista! Ten por seguro que no dudará un segundo en echarte una mano.

—Pero, don Guillermo, ¿cómo voy a poder convencer a nadie para que me de trabajo, si leo como un renacuajo de cuatro o cinco años? Además..., con esta pinta, ¿quién se va a apiadar de mí?

—En caso de que te halles en apuros, tienes la solución de pedir a tu hermana que te busque un rincón en su casa hasta que halles un lugar en donde posar tu equipaje. Luego, con una pizca de suerte y mucho trabajo, no dudo de que acabarás encontrando la felicidad a la que aspiras.

—¿Cómo voy a presentarme en casa de una desconocida, pidiéndole que se apiade de mí, hasta que la suerte me sonría?

Porque, como usted sabe, de mi hermana no me queda más que la certidumbre de que existe. No sé ni cómo es ni cómo vive.

—Quieras o no, Matutina es tu hermana mayor y no dudo en que se alegre cuando te vea.

—Pero..., señor cura..., que es mi hermana... nadie se lo quita. Pero... que me acoja con los brazos abiertos después de tanto tiempo, eso ya es otro cantar, ¿no le parece? Además, ella tiene su vida y no necesita que nadie se la venga a perturbar.

—¡Mira, rapaz! ¡En este mundo de Dios, nunca es tarde para aprender! Con tesón y perseverancia, se vencen todos los escollos de la vida... La voluntad es el barco con el que los valientes se lanzan al asalto del mundo. ¿Eres voluntarioso? ¿Deseas realmente salir del lodazal en el que te desesperas? Pues..., si es así..., nada mejor que tentar al diablo.

—Pero... ¿y mis padres?

—Yo me encargaré de ellos y velaré por su salud hasta que la suerte te sonría. Entonces ya veremos... Quieras o no te enviaré la factura hasta que me pagues todo lo que gaste socorriéndolos.

Y fue así cómo ocurrió.

Para no asustar a sus padres, so pretexto de ayudar a Luno en el huerto, aquella mañana, francamente triste y conmovido, tras haber abarcado con la mirada empapada el teatro de su niñez, el adolescente corrió a la plazoleta de la iglesia en donde el desventurado autocar de línea ya estaba a punto de arrancar.

Con el dinero que le dio el cura se subió, pagó el porte y, al cabo de angustioso recorrido (era la primera vez que salía de su aldea), llegó a Cangas, en donde cogió un ALSA que, dos horas después, le dejó varado en el corazón de Oviedo.

El viaje fue suficientemente largo como para que Demetrio pudiera desenredar el ovillo de los escasos recuerdos que le quedaban de la desconocida hermana Matutina. En ella pensó durante la mayor parte del trayecto; alternativamente entusiasmado por la idea de verla y temeroso de no poder convencerla para que le albergara durante uno o dos meses. ¡Hasta que encontrara trabajo y

alojamiento! Luego, se iría sin demora y le pagaría su ayuda hasta el último centavo.

Según lo que se barruntaba en la aldea, cuando él nació, la primogénita Matutina ya era quinceañera. Supo, con el correr de los años, que, por su deslumbrante hermosura, había sido perseguida por un enjambre de abejorros que no paraban de acosarla, pidiéndole favores licenciosos.

Como era lozana y nada veleidosa, supo la hermosísima Matutina oponerse firmemente al asedio de los mozalbetes que, por seguir los malos consejos de los pícaros patriarcas del pueblucho, se dedicaban a los juegos prohibidos que se hallan a las márgenes de la adolescencia.

Pero, tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

El señor cura, una tarde después del catecismo, subió a casa de la zagala para informar a sus padres de la catástrofe que se avecinaba para el conjunto familiar.

Según les relató, de acuerdo con la pobre víctima, todo había ocurrido a finales de otoño, en el castañar perteneciente a los señores Delafuente y Uría.

Un día en que la joven, empujada por el hambre, se había aventurado castañar adentro para el rebusque —habiéndose agachado para coger unas cuantas castañas, oyó disparos no muy lejos y, temiendo por su vida, le dio por gritar para que el autor de los tiros no la confundiera con un jabalí o una liebre—, lo primero que le vino a la mente fue que se hallaba en presencia de algún cazador furtivo.

¡Cuál no fue su turbación al ver salir de unos matorrales al apuesto Gervasio hijo primogénito del señor Delafuente! El recién llegado al pueblo acababa de ganar galones en el ejército, alcanzando el grado de teniente coronel. Habiendo solicitado una semana de permiso para descansar del agobio militar, Gervasio se había levantado muy temprano para recorrer las lomas de la sierra, con la escopeta al hombro y la firme resolución de regresar a la aldea con un buen trofeo de caza.

Al verlo tan galán, con varias perdices en ristre y dos liebres, Herminia se arrepintió de haberse aventurado por cotos de caza prohibidos. Se hallaba bajo la piel de una merodeadora y, por ende, podía ser castigada. Sabía que el rebusque estaba prohibido y que los propietarios se mostraban intransigentes con todos los cazadores, pescadores y cosechadores furtivos, sorprendidos *in fraganti*.

Escondiendo su rostro entre sus manos para verter lágrimas de arrepentimiento, la conmovedora Matutina arrojó el cesto lleno de castañas al suelo y, cayendo de rodillas, pidió perdón al cazador, prometiéndole que no volvería más al castañar. Este, acercándosele, la apremió a que se levantara porque se sentía incomodado por el carácter insólito de la situación.

Para mostrarle que en nada le había molestado y que no le pondría ningún pleito, la ayudó a recoger y a llenar la cesta e, incluso, la apremió a que le siguiera a un lugar en donde aún no se había iniciado la recolección de la deliciosa fruta.

Puedes venir cuando se te apetezca, pero... antes tienes que decirme quién eres y qué hado te ha empujado hasta estos recónditos parajes en donde cohabitan lobos, osos, ciervos y todas las alimañas endémicas que tanto miedo infunden a las niñas de tu edad.

—¡El hambre ha sido mi guía, señor, y la necesidad en la que se consumen mis padres, mi conciencia!

Las razones parecieron hartamente honradas para justificar la presencia de la joven en el edénico paraje.

Antes de que cada cual emprendiera el camino de regreso, el señor Delafuente le pidió que le jurara que, al día siguiente, volvería al rebusque, prometiéndole que, si la suerte le sonreía, le daría, para su familia, la caza que tuviera en el zurrón.

La promesa se cumplió. Los encuentros cesaron de ser fortuitos.

Como «ante el amor y la muerte, de nada vale ser fuerte», lo que al azar se le antojó capricho de jóvenes atolondrados, para don Gervasio fue un dardo dorado que le quedó clavado en lo más hondo del corazón y que le inspiró nuevos y sacros sentimientos.

Prescindiendo de los sabios consejos de sus padres (¡que supo convencer a fuerza de artimañas y aforismos!), una mañana del mes de mayo, ante un círculo de mirones, ociosos y envidiosos, contrajo matrimonio con la bella durmiente del castañar con la que, dos semanas después de la boda, se trasladó al cuartel del Milán de Oviedo, en donde residían felices y totalmente entregados a la educación de su hija Eva cuando Demetrio llegó, años después, a la capital, en busca, no de fortuna sino de un trabajo que le permitiera cobrar confianza en sí y la dignidad que le faltaba en la aldea.

Antes de apearse del ALSA, sintió que el corazón se le embalaba, sacudido por el dilema que suponía, para un forastero de su estampa, presentarse en un cuartel y preguntar por un teniente coronel, so pretexto de que era el marido de su hermana.

Pobrementemente ataviado —se miró de arriba abajo con desdén— supuso que le tomarían por un tunante o, peor, por un pordiosero, dispuesto a perpetrar alguna fechoría como las que últimamente habían sacudido el País.

Meneó la cabeza con vigor, tratando de alejar semejante barbaridad. Solo llamaría a la puerta de su hermana en último recurso. Primero, iría a ver al señor al que le había recomendado el cura párroco. Luego, con el correr del tiempo, cuando las cosas cobraran un cariz más ventajoso, podría presentarse ante Matutina, con la cabeza alta y no con el rabo entre las piernas, como la gente obligada a vivir de mendicidad. ¡Eso, ni hablar!

Perdido como un perro a la salida de la estación de autobuses, dudó un instante en qué camino tomar. Optó por avivar la llama de la motivación en vistas de afrontar la compleja situación en la que su estupidez le había varado. La vuelta atrás le pareció insultante. Sacando fuerzas de flaqueza, deletreó a un señor la dirección escrita en el papelito por el religioso.

Escuchole el desconocido con suma atención y, sin vacilar, le indicó el camino más directo. Demetrio, sumamente agradecido, siguió las numerosas y complejas instrucciones recibidas del extraño.

Al cabo de larga caminata por aceras abarrotadas de transeúntes, llegó a Fray Ceferino. Buscó el número escrito en el papel. Contempló el imponente edificio. Vaciló unos segundos y, temiendo quedar encerrado en el ascensor, subió las escaleras de dos en dos hasta el tercero. La secretaria que le acogió, se quedó pasmada ante su indumentaria de paleta. Fue conducido sin demora a un gabinete en donde trabajaba un equipo de dibujantes, en torno a un señor que parecía el centro gravitacional de todo cuanto allí ocurría. Vio que, en varias mesas de diseño, había enormes láminas de papel sobre las que se afanaban dibujantes.

La secretaria, envuelta en una nube de discreción y de recato, se acercó al grupo de técnicos y llamó cortésmente:

—¡Don José! Permítame interrumpirle unos instantes. He aquí a este joven que viene de parte de un tal Guillermo que, según reza el papel que me ha mostrado, es cura párroco de B.

—¡Ah, sí! ¡Muy bien..., muy bien! ¡Aguarde un momento, caballero, que ahora le atiendo!

Era la primera vez que le trataban de caballero, lo que le supo a gloria.

Respiró hondo para saborear su inesperada promoción. Pensó: ¡unas horas en Oviedo y ya soy alguien!

Tras breve espera (que, a Demetrio, pareció una eternidad), el señor arquitecto, don José de L., le instó a que le siguiera hasta su gabinete en donde, con protocolar atención, le invitó a que le dijera en qué podía servirle.

En una mezcla de asturianismo y de gallego, expuso los pormenores de su insólita visita.

Insistió en su deseo de encontrar trabajo. Poco le importaba el salario y mucho menos la dificultad o lo penoso que pudiera resultar. ¡Cualquier cosa que le permitiera ganarse la vida decentemente!

Su interlocutor, conmovido por el escueto pero hábil relato del pueblerino, se emocionó. Naturalmente habitado por un altruismo discreto pero efectivo, tras haber dado ciertas consignas a la secretaria, el arquitecto se encargó personalmente de conducir al recién

contratado a una de sus obras, en donde lo confió a un capataz para que le fuera enseñando el difícil arte de empilar ladrillos y de pasarse, por su cuenta y riesgo, por andamios nada seguros, acarreado carretillas de arena, cemento u hormigón.

Sus progresos fueron fulgurantes. Los consejos del capataz resultaron de gran eficiencia.

Al cabo de un año de prácticas en el dilatado campo de conocimientos inherentes a la construcción, Demetrio se vio encargado, a su turno, de acoger, formar e instruir a los que, como él, llegaban del campo a la capital, con la mente cargada de sueños e ilusiones.